

Movilizarse tiene sentido: Análisis cultural en el estudio de movilizaciones sociales

Juan-Pablo Paredes

ICSO-Universidad Diego Portales, Chile

paredesjp@gmail.com

RESUMEN

Este artículo expone algunas de las perspectivas teóricas que permiten analizar las movilizaciones sociales desde una mirada cultural. En primer lugar se realiza un diagnóstico de la situación en el campo de estudios de la movilización social, argumentado la hegemonía de las perspectivas estratégicas y estructurales, así como el actual boom en la producción de acercamientos de orientación cultural. Luego, partiendo de los argumentos proporcionados por el interaccionismo simbólico, se revisan tres teorías orientadas culturalmente para estudiar las movilizaciones: a) la identidad colectiva; b) los marcos de acción colectiva; y c) la acción situada y las arenas públicas. La conclusión es presentada en términos de pronóstico para el campo de estudios de las movilizaciones sociales.

PALABRAS CLAVE

movilización social, análisis cultural, identidad colectiva, acción colectiva, acción situada

Mobilizing makes sense: Cultural analysis in the study of social mobilizations

ABSTRACT

This article shows some of the theoretical perspectives that help to analyze social movements from a cultural standpoint. It starts by performing a "diagnosis of the situation" in the field of studies of social movements, arguing that the strategic and cultural perspectives dominate the field, along with a current boom in the production of cultural orientation approaches. Then, starting with the arguments provided by symbolic interactionism, we review three theories culturally oriented to study mobilizations: a) collective identity; b) collective action frames; and c) situated action and public arenas. The conclusion is presented in terms of a "prognosis" for the field of studies of social movements.

KEYWORDS

social movements, cultural analysis, collective identity, collective action, situated action

Recibido: 16 marzo 2013

Aceptado: 20 junio 2013

Cómo citar este artículo: Paredes, J. (2013). *Movilizarse tiene sentido! Análisis cultural en el estudio de movilizaciones sociales. Psicoperspectivas*, 12(2), 16-27. Recuperado el [día] de [mes] de [año] desde <http://www.psicoperspectivas.cl> doi:10.5027/PSICOPERSPECTIVAS-VOL12-ISSUE2-FULLTEXT-279

Esta investigación fue fruto de la investigación, actualmente en curso, para optar al Grado de Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, respaldada por Conicyt mediante la Beca de Formación de Capital Humano Avanzado.

ISSNe 0718-6924

A manera de introducción: el diagnóstico

El campo de estudios de los movimientos sociales ha sido dominado, desde los años 60', por perspectivas estructurales, institucionales y racionalistas. Las teorías de la movilización de recursos, las estructuras de movilización o las oportunidades políticas (Jenkins, 1994; Oberschall, 1999; Tilly, 2002), excluyen el elemento cultural (Jasper, 2010). Incluso las perspectivas que pretenden recuperar "la cultura" para pensar los movimientos, como los marcos de oportunidades (McAdams, 1994; McAdams, McCarthy & Zald, 1999), relegan a un lugar secundario o residual a lo cultural en sus estudios.

Estas aproximaciones definen a la política y la cultura como esferas separadas. La política es entendida como un espacio autónomo, ocupada del funcionamiento del Estado, los partidos políticos y de élite, del electorado y los procesos electorales. Sus operaciones reproducen la propia lógica y racionalidad de la esfera política, a la institucionalidad que las ampara, a sus actores orientados por intereses racionales y estratégicos en los juegos del poder. Los movimientos sociales, como exterioridad, se relacionan con los actores políticos, al darse una continuidad entre la racionalidad institucional y la de los movimientos. En ambas la acción es considerada desde parámetros estructurales, con objetivos sociales y políticos precisos, con la utilización de estrategias de movilización (Cohen, 1985; Ibarra, 2000).

Marcur Olson (1992) propondrá una teoría de la acción colectiva, bajo los presupuestos de la elección racional, donde el individuo posee una función de utilidad que impone un orden consistente a las alternativas de elección que puede realizar. Básicamente los individuos disponen de la información necesaria y de la capacidad para dirimir entre alternativas y sus consecuencias. El argumento de Olson, para organizaciones colectivas que promueven los intereses de sus miembros¹, rechaza la premisa del interés común como motor principal y fuente natural para que los individuos actúen juntos en la conquista de un objetivo. Para él, un individuo racional calculará los costes de su acción, por ende no todos los individuos estarán dispuestos a asumir los costos de la movilización. El autor lo llama el problema del *free-rider*, es decir, tener intereses compartidos no constituye una base lo suficientemente fuerte para

explicar la acción colectiva (Gódas i Pérez, 2007). Para Olson, el problema de la acción colectiva es agregativo y las organizaciones lo enfrentan a través de la producción de incentivos selectivos para alcanzar bienes públicos. Las organizaciones ejecutan un mecanismo para controlar la existencia de *free-riders*, selectivamente aplicado, según sea la participación del individuo en la consecución del bien.

La Teoría de Movilización de Recursos, bajo presupuestos olsonianos, entiende a los movimientos como agregados de individuos que participan de un mercado de bienes colectivos. Concentra su atención en los procesos a través de los cuales los recursos necesarios son movilizados de manera efectiva por los movimientos (Zald & McCarthy, 1977). Su foco es la acción organizada y su eficacia para conseguir ciertos objetivos, donde los recursos permiten el paso de un colectivo incipiente y de baja organización, a uno organizado. Los conflictos sociales se dan en torno a recursos (materiales, humanos, simbólicos), el análisis se orienta a organizaciones colectivas con capacidad de agenciar y controlar recursos, para conseguir determinados fines (Ibarra, 2000). La movilización es un modo de obtener y disponer determinados recursos para la consecución de ciertos fines (Zald & McCarthy, 1977).

La Teoría del Proceso Político se orienta al estudio del contexto político en que ocurre la movilización, al poner su atención en los tipos de estructuras de oportunidades políticas que constituyen el contexto de actuación de los movimientos. Tilly (1998) señala la importancia de rescatar para el análisis al entorno político, lo que significa ampliar la unidad de análisis en el estudio de las movilizaciones colectivas (Tejerina, 2010). Tilly (1998) propone dos dimensiones fundamentales para el estudio de las oportunidades políticas: a) el grado de apertura o clausura del sistema político y b) el grado de estabilidad e inestabilidad de los alineamientos políticos entre las élites y los movimientos sociales. La relación entre ambas dimensiones, permite cambios en las estructuras de oportunidades políticas, lo que puede generar un ciclo de movilizaciones. Tal aproximación avanza en la incorporación de elementos culturales, aunque siempre subordinados a los políticos contextuales, a los marcos institucionales y al uso estratégico de ellos (McAdams, 1994).

Una de las debilidades de las propuestas estratégicas, remarcadas en la literatura, es su descuido del elemento identitario de los movimientos sociales, así como de las dimensiones culturales (emotivas, estéticas, morales) implicadas en la movilización, para centrarse en su

¹ Organizaciones formales y distribuidoras de bienes públicos, como por ejemplo los sindicatos.

organización vía recursos, ventanas de oportunidades y la consecución de sus objetivos (McAdams, McCarthy & Zald, 1999; Cefaï, 2009). El análisis culturalmente orientado para el estudio de la movilización social, en ambas perspectivas, es excluido o relegado a un lugar marginal en sus análisis (Jasper, 2010).

Desde mediados de los 80', por la influencia de los giros "lingüístico" y "cultural", se ha reintroducido la dimensión cultural y las perspectivas de los actores en el estudio de la movilización social (Cefaï, 2011; Jasper, 2010). Esto ha significado que se les preste mayor atención a ámbitos que no eran considerados políticos, como el caso de las movilizaciones colectivas. El estudio de la esfera política se abre al estudio de lo político, es decir, a una concepción en que las relaciones políticas no son posibles de reducir al ámbito institucional o a la aplicación de la racionalidad estratégica. Chantal Mouffe (2007) define lo político como la dimensión antagónica inherente a la constitución de lo social, mientras que la política refiere al conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se define un determinado orden social, con tal de organizar la conflictividad de lo político en el marco de la estructuración de lo social. Con lo que el estudio de lo político incorpora elementos no racionales, expresivos y performativos. Lo político, implica relaciones y procesos que se establecen en base al ejercicio del poder, sus sentidos, sus resistencias y oposiciones, por ende mucho más cercano a lo cultural.

La pregunta guía del trabajo es: ¿cómo estudiar las relaciones entre lo cultural y lo político en los procesos de movilización social? El texto se propone presentar tres estrategias para el análisis culturalmente orientado de movilizaciones sociales. Para abordar la pregunta, luego de este diagnóstico, el escrito presenta al interaccionismo simbólico como antecedente para los análisis de la movilización orientados culturalmente. Posteriormente se exponen tres teorías que priorizan lo cultural en la movilización: a) la identidad colectiva; b) marcos de acción colectiva; c) la acción situada y las arenas públicas. Por último, la conclusión es presentada en términos de pronóstico para el campo de estudios de las movilizaciones sociales, con énfasis en posiciones actuales en América Latina.

Antecedentes para el análisis cultural de la movilización social: El Interaccionismo Simbólico

El interaccionismo simbólico es una de las orientaciones culturales más destacadas en el estudio de las movilizaciones, al teorizar sobre el comportamiento de grupos sociales. Considera las formas en que los individuos definen las situaciones sociales, vía las interacciones que establecen, con lo que se rescata la participación de los actores en la vida colectiva. La hipótesis basal del interaccionismo simbólico dice que, a través de la adaptación recíproca entre los diferentes individuos que interactúan en un grupo, surge la acción

conjunta (Gódas i Pérez, 2007). La acción colectiva es fruto de un constante proceso de interpretación de las relaciones humanas por parte de los actores. Herbert Blumer (1959) centra su atención en los procesos de definición colectiva de problemas sociales, como eje motivacional para la participación de individuos en movilizaciones sociales, donde los movimientos sociales son una forma de actor colectivo que promueve cambios sociales.

Para Blumer, los movimientos sociales surgen en situaciones de malestar social, inicialmente como formas poco definidas y de baja organización, con mecanismos interactivos elementales y comportamientos colectivos básicos. Vía el proceso de movilización y sus interacciones, los movimientos van alcanzando características y relaciones propias de la sociedad. Comienzan a organizarse en base a relaciones estables y reiterativas, se produce una división del trabajo, se formulan reglas y valores sociales, se constituye una cultura de organización (Blumer, 1951).

En base a las anteriores características, Blumer (1951) plantea una distinción básica de los movimientos sociales, definiéndoles como específicos y generales. Los específicos se refieren a movimientos con estructuras definidas, objetivos acotados, con liderazgos reconocidos y aceptados, motivaciones específicas y con capacidad de institucionalizarse. Los generales son de carácter más difuso, fruto de la emergencia de nuevos valores sociales y orientados al cambio sociocultural de la sociedad, sin necesariamente seguir objetivos predefinidos (Gódas i Pérez, 2007).

Blumer identifica, en los movimientos específicos, mecanismos de significación que actúan para su constitución. Reconoce formas de motivación, sentido de pertenencia (identificación colectiva), desarrollo de aspectos morales, aspectos ideológicos (creencias, mitos, doctrinas) y desarrollo de tácticas de movilización (Gódas i Pérez, 2007). En estos encontramos una fuerte presencia de elementos culturales para la configuración de un movimiento social específico. Estos son como microsociedades que crean sentidos sociales novedosos, vía la formulación de valores, objetivos, nuevos puntos de vistas y creencias, autoconcepciones novedosas que impactan a la sociedad general.

La perspectiva de Blumer es un antecedente para los estudios de orientación cultural al dar énfasis a procesos de definición de la situación y experiencias de movilización, entre ellas la conformación de un sentido de unidad que puede asociarse a las perspectivas de las identidades colectivas.

La preeminencia de lo cultural: La identidad colectiva en la movilización social

El estudio de las identidades colectivas es uno de los ejes paradigmáticos destacados por Cohen- (1985), al

dividir el campo de estudios de la movilización en dos: las teorías de la estrategia (movilización de recursos y proceso político) y las teorías de la identidad (nuevos movimientos sociales). Cohen señala que la característica de los nuevos movimientos sociales es que los actores han adquirido conciencia sobre la capacidad de construir identidades colectivas. Para ella, los nuevos movimientos sociales son conscientes de su identidad como un proceso que implica la disputa por la interpretación de normas, la creación de nuevos significados y el desafío en la construcción de los límites de la acción pública, privada y política (Cohen, 1985).

Alain Touraine es uno de los principales promotores de la identidad colectiva en el estudio de los movimientos sociales. Inicia su reflexión desde lo que se ha denominado la “mirada accionalista” (Zapata, 1992), es decir, el reconocimiento de una pluralidad de formas de acción y de organizaciones colectivas existentes en las sociedades programadas. Es importante considerar que la mirada de Touraine sobre los movimientos sociales es indisociable de las transformaciones sociales, es decir, considera el paso de sociedades industriales a sociedades postindustriales (programadas). Tal mirada se enfoca en los aspectos culturales y sociales de la acción colectiva, en el entendido que son los actores sociales quienes producen y reproducen los sentidos de la sociedad sin referentes metasociales, en otras palabras, los actores sociales y las relaciones sociales que establecen constituyen la sociedad (Zapata, 1992). Es al interior de la sociología de la acción donde la propuesta de los movimientos sociales se desarrolla como forma de conflictividad entre adversarios.

Un movimiento social es un actor colectivo que realiza una acción conflictiva e implica un cuestionamiento a las relaciones sociales, a los modos de dominación y a las formas en que se dan las orientaciones culturales. Específicamente, un movimiento social es una acción culturalmente orientada y socialmente conflictiva, definida por su posición de dominación o dependencia en el modelo de historicidad (Touraine, 1987). Los movimientos no sólo tienen alcance político, sino tocan las orientaciones culturales y la vida cotidiana. Según Arato y Cohen, esta “doble teoría de los movimientos sociales [política y cultural], se abre a diferentes posibilidades de estudio para el sistema político, la sociedad civil y las orientaciones culturales” (Arato y Cohen, 2000, p. 275).

La combinación de tres principios caracteriza la constitución de los movimientos sociales, estos son: el principio de identidad, el de oposición y el de totalidad. El principio de identidad refiere a “las formas en que los actores se definen a sí mismos”, la oposición se refiere a la “definición que hace el actor de sus aliados y adversarios”. Mientras que la totalidad hace referencia “al sistema de acción histórica” donde “el actor social y

sus adversarios situados en la doble dialéctica de las clases sociales, se disputan el dominio de la sociedad” (Touraine, 1995, p. 252).

Con estos principios se puede ampliar la conflictividad de clase y situarla en relación a variados actores socialmente constituidos, a partir de una relación de disputa y conflicto en un sistema de acción. La definición de movimiento social hace referencia a “la acción colectiva organizada [de un actor social], entablada contra un adversario social, a través de la cual actúa sobre sí mismo y sobre las relaciones en su entorno” (Touraine, 1995, p. 253). Su teorización se concentra en las relaciones conflictivas entre actores al interior de un sistema de acción social, cultural y político, entre un movimiento social y su adversario.

No obstante el valor de su posición para comprender a los movimientos sociales y los procesos de movilización desde la identidad colectiva, concordamos con Alberto Melucci (1994a) en que para Touraine la identidad aparece como un dato, es decir, “fracasa en la clarificación del proceso de construcción del actor colectivo por medio de la interacción, la negociación y las relaciones con el ambiente” (Melucci, 1994a, p. 173).

Por su parte, Melucci (1994a) adopta una posición constructorista para estudiar la conformación de identidades colectivas en las movilizaciones sociales. Inicia su reflexión señalando dos críticas a las orientaciones tradicionales en el estudio de la acción colectiva, por un lado la acción colectiva vista como “acción sin actor”, como son las teorías de la sociedad de masas y del comportamiento colectivo. Por el otro, la concepción del “actor sin acción” del marxismo y las teorías racionalistas (Melucci, 1994a). Los enunciados erróneos que cometen y comparten estas orientaciones son: a) tratan los fenómenos colectivos como un dato unitario, esto es “se asume de entrada la unidad empírica del fenómeno, según es interpretada por el observador como realmente existente”; b) se trata al fenómeno colectivo como lo dado, es decir “la idea de que la dimensión colectiva de la acción es un hecho incontrovertible, que no merece mayor investigación” (Melucci, 1994a, p. 154).

A diferencia de tales enunciados, el autor entiende los fenómenos colectivos como productos de procesos sociales diferenciados, de orientaciones de acción, de elementos de estructura y motivación que pueden ser combinados de manera distinta. Para él, un fenómeno colectivo es:

Resultado de múltiples procesos que favorecen o impiden la formación y el mantenimiento de las estructuras cognoscitivas y los sistemas de relaciones necesarios para la acción (...) y el problema del análisis se centra en la explicación de cómo esos elementos se

combinan y unen, de cómo se forma y mantiene un actor colectivo (Melucci, 1994a, p. 155-156).

Entiende a los fenómenos colectivos como procesos en los que los actores toman decisiones, producen significados, los comunican y los negocian. Por ende, la acción colectiva no es lineal ni puede explicarse solo por determinantes estructurales. La acción colectiva se entiende como:

El producto de intenciones, recursos y límites, es una orientación intencional construida mediante relaciones sociales desarrolladas en un sistema de oportunidades y obligaciones [en las cuales] los individuos que actúan colectivamente construyen su acción mediante inversiones organizadas [al tiempo que] activan sus relaciones como forma de dar sentido al estar juntos (Melucci, 1994a, p. 157).

Los movimientos sociales para Melucci (1994a) forman un sistema de acción multipolar, con la capacidad de los actores de definirse a sí mismos y de definir las relaciones con el ambiente. Los individuos que forman parte del movimiento, ponen en común y ajustan tres tipos de orientaciones: a) los fines de la acción o el sentido que la acción tiene para el actor; b) los medios y posibilidades de acción del actor; c) las relaciones con el ambiente en que la acción tiene lugar (Melucci, 1994a). Entonces, el movimiento se organiza en torno a tres ejes: fines, medios y relaciones con el ambiente, que actúan como un conjunto de vectores interdependientes en permanente estado de tensión.

Los movimientos sociales son entendidos por el autor como desafíos simbólicos, ya que operan como signos en las sociedades de la información. Generan nuevas identidades y nuevos estilos de vida. La tarea del analista consiste en explicar “cómo se construye colectivamente un actor y cómo configura su identidad, cómo se mantiene esta y cómo podría cambiar en el tiempo” (Melucci, 1994b, p. 125). Además, los movimientos son vistos como procesos y relaciones sociales que se encuentran en mutua tensión, como producto de orientaciones intencionales (no necesariamente racionales) desarrolladas al interior de un campo de oportunidades y restricciones, rompiendo con una lógica mecánica que va desde la estructura a la acción.

El sociólogo italiano propondrá que la construcción social de los movimientos está marcada por las transformaciones de la sociedad. Una sociedad informacional requiere sujetos con un perfil cognitivo distinto para seleccionar y manejar el gran caudal de información disponible. Es en la relación entre autonomía de los sujetos y el imperativo sistémico de la distribución de la información, donde se encuentran los conflictos culturales de las sociedades contemporáneas, “de tal forma que dos imperativos sistémicos se enfrentan entre sí en las sociedades complejas: autonomía y control” (Chihu & López Gallegos, 2007, p.

138). En este marco se da la teoría de los nuevos movimientos sociales y su teorización de la identidad colectiva.

La identidad colectiva, siguiendo a Melucci (1999), es una definición producida y compartida por varios grupos, referida a las orientaciones de la acción y al campo de oportunidades en que ella ocurre. Esta definición implica, por una parte la capacidad de evaluación de los actores de ese campo de oportunidades y restricciones de la acción colectiva. También implica una inversión emocional, en tanto sentido de pertenencia a la comunidad que no se basa en la evaluación de las oportunidades, ni en el cálculo estratégico (Melucci, 1999). La inversión emocional es central en la identidad colectiva, al ser el rasgo no negociable de ella, constituyendo la posibilidad de creación y mantención de un nosotros común.

La identidad colectiva es la conquista agencial por excelencia de un movimiento social, permite construir un nosotros desde el que es posible justificar, desarrollar y dirigir la propia acción. La construcción de una identidad colectiva tiene connotaciones político-culturales, en tanto los movimientos adquieren capacidad de acción (Melucci, 2001). Lo central es la construcción del movimiento y la definición colectiva de la situación que realiza, sin desconsiderar el marco estructural y cultural en que se desenvuelve. Así, para Melucci (2001) un movimiento social implica tres dimensiones: a) concebirlas como un sistema de acción identitaria definida por vínculos de solidaridad; b) la relación conflictiva con el adversario por la apropiación y control de determinados recursos; c) la movilización implica una ruptura con los límites de compatibilidad del sistema del cual la acción hace parte.

Siguiendo su carácter identitario, los movimientos asumen el desafío simbólico de impugnar los códigos culturales dominantes y lo hacen en tres formas diferentes: 1) como profetas que anuncian la posibilidad de marcos culturales alternativos; 2) dejan ver lo paradójico de los códigos culturales dominantes; 3) adquieren un carácter representacional, vía lenguajes expresivos (Melucci, 1994b). Los movimientos sociales actúan como redes grupales e individuales sumergidas de interacción, creación y experimentación de códigos culturales que emergen en relación a problemas específicos y que tienen un modo de funcionamiento en dos fases: latencia y visibilidad (Melucci, 1994b).

La fase de latencia permite la experimentación de otros modelos culturales, favoreciendo el cambio mediante la construcción de significados y la producción de códigos diferentes a los que prevalecen en una sociedad. Por su parte, fase de visibilidad se produce cuando los grupos emergen en el espacio público para enfrentarse a una autoridad política, sobre determinados asuntos conflictivos (Melucci, 1994b). Ambos momentos están recíprocamente conectados:

La latencia posibilita la acción visible, porque proporciona los recursos de solidaridad necesarios y produce el marco cultural dentro del que surge la movilización. Esta última refuerza la solidaridad de las redes subterráneas y sus miembros, crea nuevos grupos y recluta nuevos militantes [...]. La movilización también favorece la institucionalización de elementos marginales del movimiento y de nuevas élites que han sido formadas en sus áreas (Melucci, 1994b, p. 147).

En síntesis Melucci asume una posición construccionista en su concepción de movimiento social, no tan distante del interaccionismo simbólico, en un marco de preocupación sistémico. Se basa en la noción de identidad colectiva como resultado de la interacción continua de los miembros a través de un proceso de identificación compartida que se refiere a las orientaciones de la acción y a las posibilidades de ella, con un énfasis en la movilización para entender al “movimiento”.

La consolidación de la orientación cultural: Los marcos de acción colectiva

Uno de las alternativas de investigación más influyentes de los últimos años, desde una perspectiva cultural, es el Marco de Acción Colectiva (MAC). Formulada inicialmente por David Snow y su equipo de investigación (Snow, Rochford, Worden y Benford, 1986) ha sido continuada y desarrollado con mucho éxito hasta la actualidad. Snow y Benford (1992) propondrán que un marco es “el conjunto de creencias y significados orientados a la acción que legitiman las actividades de un movimiento social” (1992, p. 152). Enfatiza en la producción y difusión de los elementos ideológicos y simbólicos durante el proceso de transformación de una acción colectiva en un movimiento social, es decir, permite observar las circunstancias en las que se da la cohesión social necesaria para la acción colectiva (Chihu, 2006). El marco de significación se refiere a un esquema interpretativo que simplifica y condensa la realidad social en conflicto, a través de las operaciones de selección, indicación y codificación de situaciones, eventos, experiencias y secuencias de acciones relacionadas con la definición de la situación por parte del movimiento social (Snow & Benford, 1992).

Toman de E. Goffman el *frame-analysis* (1974), como un marco de referencia de la realidad social que permite a los individuos percibir, identificar y etiquetar acontecimientos que conforman sus experiencias vitales. En los movimientos sociales se utiliza para dar cuenta de estos como agencias de significación colectiva que difunden nuevos sentidos en la sociedad (Laraña, 1999; Chihu, 2006). Los marcos son esquemas de interpretación, es decir:

Un conjunto de creencias y significados orientados a la acción que legitiman las actividades de un movimiento social [...] Enfatiza en las condiciones de producción y difusión de elementos ideológicos y culturales en el proceso de transformación de la acción colectiva en un movimiento social (Chihu, 2006, p. 9-10).

Los marcos orientan a los actores que participan de un movimiento a evaluar un problema, así como para formular soluciones efectivas al problema, vía la movilización. Para Snow y Benford (1992), el análisis de los marcos se centra en el cómo los integrantes de los movimientos actúan según la finalidad de conectar la interpretación de la situación con los objetivos de los movimientos. Se proponen tres tareas al definir una situación: a) diagnóstico (identificación del problema); b) pronóstico (posibles soluciones); c) motivación (paso a la acción para realizar el pronóstico). En función de estas tareas el marco se relacionara con el contexto (diagnosis y pronóstico), pero a la vez con el propio movimiento. Enmarcar significa que la situación se encuentra culturalmente codificada a través de la apropiación, por parte del movimiento, de códigos ya elaborados de modo consciente y selectivo (Tarrow, 2004).

Es William Gamson (1988) quien da mayor precisión a la idea de enmarcar como definir una situación. La acción de enmarcar por parte de los movimientos utiliza una serie de recursos discursivos presentes en la cotidianidad de los activistas de los movimientos. Entre estos recursos, Gamson (1988) destacará los culturales y los personales, donde el marco es el resultado de la combinatoria de estos recursos. Un marco será efectivo, según el autor, si es capaz de articular ambos registros, lo personal y lo público. Siguiendo los argumentos de Gamson (1988) una movilización y un movimiento no solo se constituye por la existencia de recursos simbólicos o materiales y oportunidades políticas, sino que principalmente por la capacidad de los activistas y participantes de la movilización de definir e interpretar la situación. El autor propone el concepto de marco de injusticia como la capacidad de la movilización de interpretar la situación como dañina y que produce sufrimiento, es decir, es “la producción de un juicio moral con respecto a la situación [...] de los actos y condiciones que producen el estado de sufrimiento” (Chihu, 2006, p. 222). Una vez que se ha logrado definir la situación como moralmente injusta, los marcos permiten organizar la experiencia colectiva y guiar la acción social, es decir vinculan lo cultural (público) con lo personal.

Gamson (1992) afina su propuesta al definir, junto a la injusticia, otras dos componentes del marco de acción colectiva. Al marco de injusticia, agrega el sentido de agencia (agency) y el marco de identidad. Este último se refiere a la definición de un nosotros en oposición de

otro, responsable de la indignación moral y la situación de injusticia. Injusticia, agencia e identidad conformarán lo que Gamson denomina el marco de la acción colectiva (MAC).

El marco de identidad se configura mediante la atribución de responsabilidades y siempre en relación a un antagonista. La identidad es la posibilidad de la movilización de autodefinirse en relación a la definición e identificación de otro antagonico y responsable (Gamson, 1992).

Por su parte, el sentido de agencia se refiere a la capacidad de generar la consciencia de que es posible cambiar las prácticas sociales que producen la situación injusta, a través de la acción colectiva y la movilización (Gamson, 1992). Para Chihu (2006), el sentido de agencia, como marco, debe generar en los actores movilizados la sensación de ser agentes de su propia historia. Configurar un sentido de agencia es uno de los mayores desafíos de las movilizaciones, debido a los obstáculos estructurales, culturales e individuales existentes en la sociedad.

Snow et al. (1986) han realizado importantes contribuciones en este sentido. El concepto de marco, es decir la definición de una situación como injusta por un conjunto de actores individuales y colectivos, permite establecer las formas en que campos pluriorganizativos (de multiplicidad de colectivos y de actores) se articulan en un periodo de movilización, como un campo de acción en común. Para tal efecto han propuesto cuatro formas en que se alinean diferentes definiciones de la situación. Estos son: el puente, la ampliación, la extensión y la transformación (Snow et al., 1986). Estas diferentes formas conectar marcos, permiten enfrentar los desafíos de la generación de motivación en la movilización. La tesis de los autores es que mediante un proceso de "articulación" se produce la participación de diversos actores, individuales y colectivos, en la movilización mediante un proceso de interacción constante (Snow et al., 1986).

Los autores utilizan el concepto de micromovilización para referirse a los constantes procesos interactivos y de comunicación que permiten la movilización, la influencia hacia otros actores en la configuración de marcos de significación y sus articulaciones, para la constitución del movimiento. Se refiere a aquellos procesos que se configuran mediante una red de interacción y sociabilidad constante entre los diferentes actores que constituyen el movimiento. A través de las formas constantes de interacción entre actores, individuales y colectivos, es posible configurar, articular y ampliar diferentes marcos de significación que aportan a la identificación colectiva de individuos y grupos con el movimiento.

Desde la teoría de los marcos interpretativos de la acción colectiva, formulada por el equipo de

investigación liderado por Snow y Benford (1986, 1988 y 1992), se propone una teorización sobre la identidad colectiva en los procesos de movilización. El marco de la movilización es un conjunto de creencias y significados orientados a la acción, que legitiman las actividades del movimiento social (Snow y Benford, 1992). El foco, similar a Melucci, está en los aspectos culturales de la movilización y su función radica en la capacidad del movimiento de definir una situación como socialmente injusta y desarrollar las formas colectivas de enfrentarla. Un marco para la acción colectiva "orienta a los actores para evaluar un problema y estimar los resultados de la movilización [además permite] atribuir identidades" (Chihu, 2006, p. 11).

También han definido una serie de funciones de los marcos en la movilización, estas son: diagnosticar, es decir, definir la situación como injusta y que requiere ser modificada; pronosticar, proponer una solución viable al conflicto; y motivar, generar argumentos para que los actores se comprometan a participar en la movilización (Snow y Benford, 1988).

En relación al tema de la identidad colectiva, el proceso de enmarcado de la movilización propone una continua construcción de identidades colectivas que define a los actores relevantes que participan del conflicto. El punto de arranque es que en el:

Terreno de la acción colectiva se promueven y reafirman unas identidades individuales y colectivas de dos formas, interrelacionadas pero separadas analíticamente: a través de la participación en la acción colectiva [...] y a través de la participación en los procesos de creación de marcos de referencia (Hunt, Benford y Snow, 1994, p. 222).

Los autores, enfocados en la segunda perspectiva, hablarán de "campo de identidad" como resultado del proceso de enmarcado, es decir, la relación de los procesos de configuración de marcos de referencia y la construcción de identidades relevantes para la acción colectiva en ella se definen tres conjuntos de identidades, estas son: a) los protagonistas, que promueven y simpatizan con los valores, metas y prácticas de la movilización, y son los que se benefician de las acciones del movimiento; b) los antagonistas, conjunto de personas y colectivos que parecen estar unidos para oponerse a los esfuerzos de los protagonistas; c) la audiencia, son los observadores no comprometidos con la acción colectiva, ni protagonistas, ni antagonistas (Hunt, Benford & Snow, 1994). Los autores se refieren a campos de identidad, debido a que las identidades en cada categoría son categorías elásticas que se amplían y contraen con el transcurso del tiempo.

Esta forma de concebir la identidad colectiva, se acerca al modelo constructorista de Melucci, aportándole mayor precisión en las relaciones que la identidad

colectiva del movimiento sostiene con sus otros y cómo estos participan en el proceso de movilización.

La perspectiva anterior permite abandonar la idea de movimientos como empresas u organizaciones que movilizan recursos, al contrario, las redes de interacción y sociabilidad permiten la construcción de lazos, la realización de actividades simbólicas y la tarea de definir la situación (enmarcarla) como problemática. La movilización es vista como una poderosa agencia de significación colectiva, que requiere a su vez su puesta en escena y que implica alcances políticos en su actuar.

Acción situada y arenas públicas: Avances en la investigación culturalmente orientada para estudiar movilizaciones sociales

En el contexto sociológico francés actual se ha desarrollado una línea intelectual de orientación pragmática, mundialmente influyente. Heterogénea tanto en orientaciones y temáticas, incluye a la sociología de las ciudades (Bolstanski y Thévenot, 1991), la teoría del actor-red (Akrich, Callon y Latour, 2006), la experiencia de la vida pública (Queré, 2002). Dentro de estas alternativas se ha desarrollado una línea de investigación en acción colectiva, la movilización social y la vida pública, donde destacan los aportes de Daniel Cefaï y Danny Trom.

Ambos inician sus reflexiones a la luz de los aportes de la teorización de los Marcos de la Acción Colectiva. Si bien comparten algunos de los puntos señalados por la MAC, Trom (2008) le reprocha que presuponer al contexto sociocultural como marco termina oscureciendo las instancias situadas en las que los actores en interacción producen el sentido de la acción colectiva. Para él, la MAC es una “perspectiva tautológica”, ya que se concibe el enmarcado como posibilitadora de la acción situada, pero sin explicar los mecanismos por los que la acción se produce en situación, ni su especificidad. De forma tal que la situación es desatendida y subordinada al marco (Trom, 2008).

Trom considerará a las movilizaciones sociales como performances, como acción situada, parte del proceso de configuración de un colectivo. Propone indagar en los motivos de la movilización, no reducidos a la subjetividad de los actores (ni como marco de sentido, ni como capacidad estratégica-instrumental). Al contrario, los motivos actúan como pretensiones de validez normativa consustanciales a los compromisos de la acción. Los motivos en la movilización, en tanto razón para actuar, aparecen formulados “sobre la base de una gramática específica, que le confiere un estatuto particular” (Trom, 2008, p. 23). Así Trom establece una relación entre motivos -como pretensiones de validez normativa- compromisos de la acción y una gramática de la movilización.

Desde tal perspectiva, la movilización se inscribe en un orden de motivos específicos, que posibilita producir un sentido de lo que es justo y común, a través del que se expresa -prácticamente- su dimensión normativa. Rescata la noción de motivos de Wright Mills, que le permite entenderlos como impersonales y contextualmente forzadas por las reglas de la situación. Los motivos no son ni subjetivamente negociados o causales (no son móviles de acción), sino que son componentes de la propia acción en situación dados por la forma en que se expresan públicamente. La acción en situación, la performance de la movilización, hace presente al colectivo (un nosotros) y se configura como una gramática común y compartida (Trom, 2008).

Daniel Cefaï, critica a la MAC por realizar una doble reducción de lo cultural a un lenguaje utilitarista y psicologicista. Una visión utilitarista que se limita a lo estratégico de la acción, donde los marcos son recursos simbólicos que facilitan la consecución de objetivos. Una visión psicologicista, “porque los motivos de la acción son vistos como móviles internos a los actores, estados de consciencia donde lo cultural se reduce a lo cognitivo” (Cefaï, 2008, p. 49).

Frente a tales críticas, Cefaï (2008) coloca el acento en la perspectiva de los actores y sus relaciones con lo público, en tanto la acción colectiva presenta una dimensión dramática y retórica, cuyo lugar es un escenario público (2008). Las acciones colectivas se inscriben en una arena pública, el autor hablará del vínculo situacional entre acciones y arenas intraorganizacionales e interorganizacionales para referirse a la constitución de la movilización como un campo plurioorganizacional. Para Cefaï los actores involucrados en la movilización desarrollan una serie de acciones a modo de:

Producción de conocimientos, de toma de decisión, las formas de resolución de los conflictos son variables de acuerdo a las situaciones [ya que] las fórmulas de coordinación, los compromisos en torno a convenciones comunes, los arreglos tácitos y prácticas de la acción común, las maneras de situarse en un contexto son de una gran diversidad (Cefaï, 2011, p. 145).

En tanto arenas intraorganizacionales resultan de una actividad coordinada de segmentos diferenciados, entre instancias locales y regionales, entre niveles estratégicos y tácticos, poniendo en práctica una división del trabajo, una repartición de poderes, derechos y prerrogativas entre dirección, marcos y miembros. Pero también ocupan lugares en las arenas interorganizacionales, donde grupos y colectivos compiten unos con otros, a la vez que organizan la experiencia común y fabrican vínculos. “Son generadores de energía utópica, difunden nuevas ideas y creencias, permiten reconocer identidades y hacen

valer derechos” (Cefaï, 2011, p. 145). Ambas instancias se manejan bajo la forma de relaciones e interacciones entre grupos, colectividades y miembros singulares, que se expresan en la lógica de redes de sociabilidad que configuran y enmarcan una experiencia colectiva como algo común.

Cefaï (1997, 2009) propone un acercamiento a la movilización desde la noción de cultura política. Entiende por ella:

Al conjunto de marcos de pertinencia de la vida política en la que los actores inscriben sus actividades para darles sentido, y lograr que se ajusten a las redes de sus perspectivas. [...] En otras palabras son matrices semánticas de la comprensión común, regulares y recurrentes, que parecen orientar los contextos de experiencias de los actores, así como las descripciones, interpretaciones, explicaciones y justificaciones que puedan dar de ellos, al tiempo que se rectifican permanentemente en el cruce de sus perspectivas (Cefaï, 1997, p. 151).

Tales marcos no son solo de carácter discursivo sino que se encarnan en los actores y en las formas en que definen las situaciones en las que se encuentran, imponiendo un sentido práctico a la situación. No entiende a la cultura como un sistema de creencias y representaciones cerradas, ya que estos marcos “si bien proveen de recursos culturales a los actores, ya sea como reservas de experiencias y conocimientos o como mapas de datos históricos, pero no se fijan de una vez para siempre” (Cefaï, 1997, p. 151). Por ende, focaliza su atención en la capacidad de movilización de los sentidos sociales dados por la comprensión de los actores en base a sus relaciones intersubjetivas de negociación y disputa en la definición de los significados.

Cefaï orienta el concepto de cultura política, desde el punto de vista de la movilización social, en una dirección mucho más micro-sociológica, en lo que denomina un enfoque denso de cultura política, que “intenta restituir los contextos de experiencia y actividad, en la dinámica de su constitución desde los actores [...] que se puede cifrar en sus discursos y en sus prácticas” (Cefaï, 1997, p. 161). Es la movilización social, desde los actores, la que autoriza la constitución de una experiencia colectiva y el ejercicio de un juicio de sentido común, así:

La cultura política no es solo una caja de herramientas sino que pre-articula las estructuras en el horizonte de la vida colectiva y le dota materiales de experiencia, haciendo posible la articulación de una arena pública donde estén disponibles los criterios de lo verdadero y lo falso, lo real y lo imaginario, de lo existente y lo posible, de lo justo e injusto, del derecho y del error, de lo legítimo y lo ilegítimo (Cefaï, 2009, p. 16).

La acción individual y la colectiva encontrarán su sustento en este marco que, aunque compartido, les permite tomar posiciones y partido, establecer lugares

en las arenas públicas e indicará las formas de expresión y de acción a utilizar por parte de los actores, nuevamente una gramática.

Lo cultural está presente en los sentidos que son actuados y movilizadores, favorece la intervención política-pública mediante los procesos de producción de significados asociados a las gramáticas de la vida pública. Lo cultural, entonces, es constitutivo de los procesos de movilización, ya que participa tanto de la acción situada, como de la configuración de las gramáticas de la vida pública, mediante la configuración de arenas públicas de problemas, controversias y conflictos públicamente configurados.

A modo de conclusión: El pronóstico

Los enfoques revisados comparten el supuesto que la movilización social debe entenderse como proceso, más que como actor prefigurado. Al estudiarse como construcciones sociales, los procesos de movilización reactivan la capacidad de lo social de renovarse y disputarse, lo que implica un rescate de la dimensión cultural en el estudio de las acciones colectivas y la movilización social. Los símbolos, las identificaciones compartidas, las representaciones colectivas, las prácticas situadas, las acciones simbólicas, las dramatizaciones y performances, las creencias y valores, la definición de la situación, los marcos de sentido, las gramáticas de movilización y las arenas públicas pasan a ser objetos del estudio de la movilización social.

Este modo de enfocar el estudio de las movilizaciones sociales, privilegia el cómo de la movilización y no tanto el porqué de ella. No se ocupa de las explicaciones de la acción colectiva, sus causas o determinaciones, sino de la puesta en forma de la movilización y de los significados producidos y disputados por ella. Esto en términos metodológicos permite dar un giro al estudio de la movilización desde estrategias cualitativas, ya sean tradicionales o experimentales.

Segundo, los enfoques trabajados comparten la importancia de la agencia y de los actores sociales en los procesos de movilización. Todos proponen una capacidad de agencia que no se limita a las propiedades racionales de los actores, ni queda atrapada en las sombras de la estructura. A la vez, vía la dimensión cultural tampoco presuponen un actor como “un pequeño dios²”. Al contrario, proponen que el actor participa de relaciones, tramas y gramáticas que lo constituyen, pero que el ayuda a constituir. Ni una agencia eclipsada, ni toda poderosa, sino que consideran una prudente capacidad de agencia, como constituyente de los procesos de movilización.

² Parafraseando al poeta chileno Vicente Huidobro. Ver su obra *Altazor* (1931).

Tercero, el significado ha sido ubicado al centro de la investigación de la movilización social. Las tres perspectivas problematizan la relación entre los procesos de significación y las prácticas de significación, algunas mejor que otras, pero todas se ocupan de la producción y disputa de los significados sociales en la movilización. De acuerdo a Jasper (2010) hoy contamos con una serie de recursos y herramientas para estudiar el significado político-cultural de la movilización. Entre ellas narrativas, discursos, textos, retóricas, performances, dramaturgias, imágenes, todas estas formas implican de alguna manera significados y vinculan a la agencia con espacios socioculturales delimitados.

La última idea nos acerca a lo que realizan las movilizaciones sociales cuando son capaces de instaurar y posicionar en el espacio social sus demandas y acciones, en tanto connotan la formulación de un marco de sentido opuesto al dominante, la puesta en práctica de una serie de acciones en situación y las relaciones entre ambas. Así se deja ver la dimensión político-cultural de la movilización, al cuestionar los sentidos dominantes de la política, mediante la publicitación de la movilización se cuestionan las gramáticas sedimentadas de lo público, al tiempo que se constituyen otras.

Por último, la observación de la movilización social desde la investigación orientada culturalmente, permite entenderla como no dependiente del contexto político o del marco estructural, aunque relacionadas a ellos. Tampoco restringido a un solo tipo de racionalidad. Al contrario, invita a trabajar la movilización como proceso que puede estudiarse en su propia dinámica y configuración, tal vez no de un modo total, al menos multidimensional e integral. Por su parte lo cultural es partícipe de toda práctica social y la política deja de limitarse a lo institucional-estratégico, configurando -en las diversas formas de combinación de lo político y lo cultural- un entramado complejo de potencialidades y limitaciones.

Lo anterior permite pronosticar que los estudios sobre acción colectiva y movilización social ya no podrán prescindir del análisis cultural para abordar la complejidad de su ámbito objetual. En el trabajo se han presentado tres estrategias de investigación orientadas

culturalmente, las identidades colectivas, los marcos de acción colectiva, la acción situada y la gramática de la vida pública. No obstante, existen otros enfoques que pueden utilizarse y que no han sido considerados acá: el estudio de las emociones en las movilizaciones sociales (Goodwin, Jasper y Polletta, 2001), el análisis de redes culturalmente orientado a la acción colectiva (Emirbayer y Goodwin, 1994), el enfoque de la política cultural/cultura política (Escobar, Álvarez y Dagnino, 2001). Todas estas aproximaciones aportan a la expansión del campo de estudios de las movilizaciones sociales.

Por otro lado, los estudios de la movilización colectiva serán enriquecidos por estos nuevos acercamientos. Debido a las olas de movilizaciones sociales recientes, existe gran cantidad de material para explotar estas aproximaciones, así como para buscar y proponer relaciones entre ellas, experimentando y proponiendo novedosas lecturas. También los contactos con los posicionamientos más estratégicos se verán favorecidos. Un diversificado y extendido escenario para la investigación y el debate se proyecta. En América Latina, por ejemplo, los últimos años se han dado variadas posiciones que articulan lo cultural y lo político. Entre ellas, la disputa por el orden social impulsado por los piqueteros en Argentina, en un cruce entre lo político y la subjetividad, estudiadas por Retamozo (2009, 2010); los marcos de acción colectiva y su participación en la configuración de nuevas formas ciudadanas en Colombia (Delgado, 2007; Delgado y Arias, 2008); las movilizaciones de comunidades negras en el pacífico colombiano estudiadas por Floréz (2007, 2010), utilizando herramientas de las teorías decoloniales. Mi propio itinerario me ha llevado proponer un diálogo entre lo imaginario, la subjetividad política y las *cultural politics*, para estudiar movilizaciones sociales (Paredes, 2011) y actualmente, a raíz de las formulaciones acá propuestas, trabajo en relacionar la política de significación de la movilización (identificación colectiva, enmarcado y acción situada) con las gramáticas de lo público en el estudio de la movilización estudiantil en Chile. Éste escrito da un paso en esa dirección.

La caja de herramientas se ha ampliado y el escenario es favorable, ahora depende de la maestría de los/as artesanos/as saber aprovecharles.

Referencias

- Akrich, M., Callon, M., y Latour, B. (2006). *Sociologie de la traduction*. Paris: Mines Paris Tech.
- Arato, A., y Cohen, J. (2000). *Sociedad civil y teoría política*. México D.F: FCE.
- Blumer, H. (1951). Social movements. En A. Lee (Ed.), *Principles of sociology* (p. 199-220). New York: Barnes & Noble.
- Blumer, H. (1959). Collective behaviour. En J. B. Gittler (Comp), *Review of sociology. Analysis of a decade* (pp. 127-158). New York: Wiley and Sons.
- Bolstanski, L., y Thévenot, L. (1991). *De la justification*. Paris: Gallimar.
- Cefaï, D. (1997). Otro enfoque de la cultura política. *Foro internacional* 37(1), 150-162.
- Cefaï, D. (2008). Los marcos de la acción colectiva. Definiciones y problemas. En A. Natalucci (Ed.), *La comunicación como riesgo* (pp. 49-79). La Plata: Al Margen.
- Cefaï, D. (2009). ¿Cómo nos movilizamos? El aporte de un enfoque pragmático a la sociología de la acción colectiva. *Sociologie et Societes*, 2009, 41(2), 245-269.
- Cefaï, D. (2011). Diez propuestas para el estudio de las movilizaciones colectivas. Contexto de experiencias y problemas públicos. *Revista de Sociología de la Universidad de Chile*, 26, 137-166.
- Cohen, J (1985). Strategy or identity: New theoretical paradigms and contemporary social movements. *Social Research* 52, 663-716.
- Chihu, A. (2006). *El análisis de los marcos en la sociología de los movimientos sociales*. México D.F: Miguel Angel Porrúa- UAM. Iztapalapa.
- Chihu, A., y López Gallegos, A. (2007). La construcción de la identidad colectiva. *Polis*, 3(1), 125-159.
- Delgado, R. (2007). Los marcos de acción colectiva y sus implicaciones culturales en la construcción de ciudadanía. *Universitas Humanística*, 64, 41-66.
- Delgado, R., y Arias, J. C. (2008). La acción colectiva de los jóvenes y la construcción de ciudadanía. *Revista Argentina de Sociología*, 6(11), 272-296.
- Emirbayer, M., y Goodwin, J (1994). Network analysis, culture, and the problem of agency. *The American Journal of Sociology*, 99(6), 1411-1454.
- Escobar, A., Álvarez, S., y Dagnino, E. (2001). *Política cultural y cultura política. Una nueva mirada a los movimientos sociales latinoamericanos*. Bogotá: Taurus – Icanh.
- Floréz, J. (2007). Tácticas de des-sujeción: disenso, subjetividad y deseo en los movimientos sociales. Relaciones de género en la red “Procesos de comunidades negras” del Pacífico Colombiano. *Athenea Digital*, 12, 397-402.
- Floréz, J. (2010). *Lecturas emergentes. Decolonialidad y subjetividad en la teoría de movimientos sociales*. Bogotá: PUJ.
- Gamson, W. (1988). Political discourse and collective action. En B. Klandermas, H. Kreisi y S. Tarrow (Eds.), *International social movement research* (p. 219-244). Londres: JAI Press.
- Gamson, W. (1992). *Talking politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gódas i Pérez, X. (2007). *Política del disenso. Sociología de los movimientos sociales*. Barcelona: Icaria.
- Goodwin, J., Jasper, J., y Polleta, F. (2001). *Passionate politics. Emotions and social movements*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Goffman, E. (1974). *Frame analysis*. Harper and Row: New York.
- Hunt, S., Benford, R., y Snow, D. (1994). Marcos de la acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos. En E. Laraña y J. Gusfield (Eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad* (pp. 221-249). Madrid: CIS.
- Ibarra, P. (2000). Los estudios sobre los movimientos sociales: Un estado de la cuestión. *Revista Española de Ciencia Política* 1(2), 271-290.
- Jasper, J. (2010). Social movement theory today: Toward a theory of action? *Sociology compass*, 10, 965-976 doi: 10.1111/j.1751-9020.2010.00329
- Jenkins, J. C. (1994). La teoría de movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales. *Zona Abierta*, 69, 5-49.
- Laraña, E. (1999). *La construcción de los movimientos sociales*. Madrid: Alianza.
- McAdams, D. (1994). Cultura y movimientos sociales. En E. Laraña y J. Gusfield (Ed.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad* (p. 43-67). Madrid: CIS.
- McAdams, D., McCarthy, J., y Zald, M. (Eds.). (1999). *Movimientos sociales: Perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo.
- Melucci, A. (1994a). Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales. *Zona Abierta*, 69, 153-180.
- Melucci, A. (1994b). ¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales? En E. Laraña y J.

- Gusfield (Ed.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad* (p. 119-149). Madrid: CIS.
- Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México D.F: El colegio de México.
- Melucci, A. (2001). *Vivencia y convivencia. Teoría social para una era de la información*. Madrid: Trotta.
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: FCE.
- Oberschall, A. (1999). Oportunidades y creación de marcos en las revueltas de 1989 en el Este de Europa. En D. McAdams, J. McCarthy y M. Zald (Eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas* (p. 143-181). Madrid: Istmo.
- Olson, M. (1992). *La lógica de la acción colectiva*. México D.F: Limusa- Noriega.
- Paredes, J. P. (2011). Aportes del imaginario social y la subjetividad colectiva para el estudio cultural de los movimientos sociales. *Imagonautas*, 2(1), 36-56.
- Queré, L. (2002) La structure de l'expérience publique d'un point de vue pragmatiste. En D. Cefaï y I. Joseph (Dir.), *L'Héritage du pragmatisme. Conflits d'urbanité et épreuves de civisme* (pp. 131-160). La Tour d'Aigues: Éditions de l'Aube.
- Retamozo, M. (2009). Orden social, subjetividad y acción colectiva. Notas para el estudio de los movimientos sociales. *Athenea digital*, 16, 95-123.
- Retamozo, M. (2010). Lo político y los sujetos políticos. Conformación y disputa por el orden social. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 51(206), 69-91.
- Snow, D. & Benford, R. (1992). Master frames and cycles of protest. En A. Morris y C. Mueller (Eds.), *Frontiers of social movement theory* (pp. 133-155). New Haven: Yale University.
- Snow, D. & Benford, R. (1988). Ideology, frame resonance and participant mobilization. *International Social Movement Research*, 1, 197-217.
- Snow, D., Rochford, B., Worden, S., y Benford, R. (1986). Frame alignment processs, micro-mobilization and movement participation. *American Sociological Review*, 51, 464-481.
- Tarrow, S. (2004). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- Tejerina, B. (2010). *La sociedad imaginada. Movimientos sociales y cambio cultural en España*. Madrid: Trotta.
- Tilly, C. (1998). Conflicto político y cambio social. En P. Ibarra y B. Tejerina (Eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultura* (p. 25-41). Madrid: Trotta.
- Tilly, C. (2002). Repertorios de acción contestataria en Gran Bretaña: 1758-1834. En M. Traugott (Ed.), *Protesta social* (p. 17-48). Barcelona: Hacer.
- Touraine, A. (1987). *El regreso del actor*. Buenos Aires: Eudeba.
- Touraine, A. (1995). *Producción de la sociedad*. México D.F: UNAM- IFAL.
- Trom, D. (2008). Gramática de la movilización y vocabularios de motivos. En A. Natalucci (Ed.), *La comunicación como riesgo* (pp. 21-47). La Plata: Al Margen.
- Zald, M., y McCarthy, J. (1977). Resource mobilization and social movements: a partial theory. *American Journal of Sociology* 82(6), 1212-1241.
- Zapata, F. (1992). Premisas de la sociología accionalista. *Estudios Sociológicos*, 29, 469-487.